

Evocación lírica de Santo Domingo de Scala Coeli

Por TERESA GARCIA MORENO

Mucho se ha escrito acerca de las bellezas que atesora el Santuario de Santo Domingo, así como del bellissimo paisaje circundante, pero poco parece haberse reparado en su extraordinaria musicalidad, no obstante haber inspirado su típica romería al popular maestro Medina, una pieza llena de garbo y donaire.

Ya su nombre—Santo Domingo de Scala Coeli—, tiene el poder de hacer vibrar el alma como repiques de campanas y etéreas «escalas» de sonidos celestes, rememorando el son de los graves bronces de las viejas Catedrales y las voces suavísimas de los órganos. Y si sólo el nombre despierta tal grado de exaltación lírica ¿qué no conseguirá su paisaje?

Sea mi modesto tributo a Santo Domingo, la torpe evocación de las impresiones líricas recibidas allí en las diversas horas de un día cualquiera.

Misticismo y voluptuosidad, serenidad y exaltación se hermanan en sus diferentes horas en tan prodigioso paraje.

Bajo el abrasador sol del mediodía en verano, en el solemne silencio de la siesta, el aire lleva vibraciones misteriosas que nos hablan de faunos y bacantes y, el espíritu de Grecia, se cierne atenzador, obsesionante.

Es el momento de esa maravillosa página de Claudio Debussy titulada Preludio a «La siesta de un fauno», en la que queda bellamente traducido en música el «ego» de esas horas de plenitud, horas paganas en las que la mente se retrotrae a épocas remotas y de las que insensiblemente, según la tarde va entrando, nos alejamos, siendo ganados por un sentimiento opuesto.

Misticismo, renunciación, cristianismo en suma, nos trae el crepúsculo, sereno y bello cual en pocos lugares. Parecen flotar melodías litúrgicas, sencillos y conmovedores cantos a María y nuestra fantasía nos hace ver a San Alvaro de Córdoba y a Fray Luis de Granada paseando por los alcores; leyendo, meditando, santificando el lugar, haciéndole cual Francisco de Asís con el lobo, manso, humilde en su grandiosidad.

Al Angelus todo es música; cual inmenso órgano, la naturaleza entona un místico canto, una plegaria que nos paraliza y confunde y

nos eleva a Dios, hasta que, en paulatino «decrecendo», sólo un tenue murmullo queda. Tenue es igualmente la luz que ilumina la tierra; pero aunque la luz se extinga, el musical rumor no se apaga, antes al contrario cobra fuerza nueva; y extrañas melodías parecen surgir por doquier, como si los genios del aire que en las noches serenas pueblan los campos, se acompañasen pulsando fantásticos instrumentos en sus cantos y danzas y, cuando al amanecer cesan las rondas de los silfos, surge de las mismas entrañas de la tierra un himno grandioso que se eleva como el naciente sol, en un apoteósico Hosanna al Creador, embargando el ánimo que, ya presa en tan serenas soledades, sólo ansía no alejarse, quedar para siempre anonadada con el maravilloso encanto del lugar en el que hasta lo sobrenaturalp parece tangible. Son las horas que Wagner nos dejó magistralmente reflejadas en «Los encantos del Viernes Santo», una de las más sublimes páginas de Parsifal. Al escucharla, nos sentimos mejores, capaces de todo noble impulso, de toda generosa renuncia. El contacto con la naturaleza nos ennoblece y hace comprenderla y experimentar sentimientos e impulsos que por su elevación no suelen surgir entre el «mundanal ruido» y sí en las rumorosas soledades de los campos.

Santo Domingo de Scala Coeli, todo en tí tiene resonancias musicales, mágicas vibraciones sonoras que hieren profundamente el alma. Seas por siempre como lo fuiste y lo eres, manantial de puras emociones, para que todo aquel que a tí llegue, cual cansado peregrino en busca de paz para el espíritu y belleza para disfrute y solaz de los sentidos, quede tan prendado de tu gracia serena como en tiempos quedara tu excelso Fundador.

Teresa García Moreno.

Córdoba, octubre, 1950.